



Tema 3º

¿Qué significa ser joven?

(2ª parte)



Conferencia Episcopal Española

Dpto. de Pastoral Juvenil

Temas complementarios

para prepararla JMJ de Madrid 2011

*En aquel tiempo estabais lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y
ajenos a la alianza de la promesa,
sin esperanza y sin Dios en el mundo.
Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis
logrado estar cerca por la sangre de Cristo.
(San Pablo, carta a los Efesios, 2, 12-13)*

Seguimos en este tema preparatorio de la JMJ de Madrid 2011 estudiando lo que los Papas han dicho a los jóvenes. En el tema anterior vimos el primer mensaje de Juan Pablo II, y en este vemos el último de Benedicto XVI. Entre ambos mensajes, los papas no han dejado de hablar a los jóvenes sobre temas importantes para ellos. Creemos que el Papa, como sucesor de Pedro, tiene algo muy importante que decirnos. De esta manera vamos preparando el encuentro que tendremos con él en Madrid 2011.

¿Por qué es importante la esperanza?

Este es el título de la carta que nos ha escrito Benedicto XVI este año de 2009. En contra de la opinión de mucha gente que no le conoce, nuestro Papa también ama de corazón a los jóvenes. Igual que Juan Pablo II, él también considera la juventud como un tiempo especial y muy importante de la vida. Benedicto XVI nos enseña que los años de la juventud son un tiempo de esperanza; al joven se le abren en el futuro y en el presente numerosas puertas a un sinfín de posibilidades; la juventud es un tiempo donde hay muchas oportunidades, donde existe la responsabilidad de la formación de la personalidad, de la conquista del propio yo, y sobre todo, donde el joven puede encontrarse con Cristo y con su Iglesia.. En este tiempo, el joven también puede experimentar amenazas, riesgos, e incluso no encontrar sentido a la vida.

Estos temas, Benedicto XVI los plantea de la siguiente manera:

“La juventud, en particular, es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con diversas expectativas. Cuando se es joven se alimentan ideales, sueños y proyectos; la juventud es el tiempo en el que maduran opciones decisivas para el resto de la vida. Y tal vez por esto es la etapa de la existencia en la que afloran con fuerza las preguntas de fondo: ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Qué será de mi vida? Y también, ¿cómo alcanzar la felicidad? ¿Por qué el sufrimiento, la enfermedad y la muerte? ¿Qué hay más allá de la muerte? Preguntas que son apremiantes cuando nos tenemos que medir con obstáculos que a veces parecen insuperables: dificultades en los estudios, falta de trabajo, incomprendimientos en la familia, crisis en las relaciones de amistad y en la construcción de un proyecto de pareja, enfermedades o incapacidades, carencia de recursos adecuados a causa de la actual y generalizada crisis económica y social. Nos preguntamos entonces: ¿Dónde encontrar y cómo mantener viva en el corazón la llama de la esperanza” (mensaje a los jóvenes, 2009)

A estas preguntas del Papa no queremos dar una respuesta fácil que sea engañosa, o que esté impregnada por el espíritu del mundo. En el Evangelio, Jesucristo nos da una característica de la vida cristiana: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella” (Mt 7,13). Ser cristiano es exigente, es un camino para valientes.

¿Qué es la esperanza?

Benedicto XVI dedica toda la carta a los jóvenes a hablar de la esperanza. Antes escribió una encíclica (llamada *Spe Salvi*) sobre este tema el 30 de noviembre de 2007. Para explicar lo que es la esta virtud, el Papa puso al principio de la encíclica el testimonio de una santa, Josefina Bakhita, como ejemplo de lo que es la esperanza:

llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible. El ejemplo de una santa de nuestro tiempo puede en cierta medida ayudarnos a entender lo que significa encontrar por primera vez y realmente a este Dios. Me refiero a la africana Josefina Bakhita, canonizada por el Papa Juan Pablo II. Nació aproximadamente en 1869 –ni ella misma sabía la fecha exacta– en Darfur, Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar; como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader italiano para el cónsul italiano Callisto Legnani que, ante el avance de los mahdistas, volvió a Italia. Aquí, después de los terribles «dueños» de los que había sido propiedad hasta aquel momento, Bakhita llegó a conocer un «dueño» totalmente diferente –que llamó «paron» en el dialecto veneciano que ahora había aprendido–, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo.

*Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un «Paron» por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el «Paron» supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba «a la derecha de Dios Padre». En este momento tuvo «esperanza»; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue «redimida», ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios; sin esperanza porque estaban sin Dios (*Spe Salvi*, n.3).*

Este testimonio de santa Josefina Bakhita es conmovedor. Su testimonio es válido para todas las personas que viven sin esperanza. Y su experiencia de Cristo nos muestra la fuente de la esperanza.

¿Dónde está la gran esperanza?

El hombre es un ser de esperanzas; es un ser que mira al futuro, y se pone metas; quizás estas metas sean comprar un coche, tener una casa, acabar una carrera, hacer un viaje o algo similar. Pero todos tenemos la experiencia de que una vez que se han conseguido estas pequeñas esperanzas, a veces viene la desilusión, el cansancio, o la tristeza. Uno piensa que estas cosas le van a traer felicidad, y, sin embargo, muchas veces aparece la depresión y la amargura. Hubo un joven de unos 20 o 25 años que también pasó por esta experiencia. Era un judío muy rígido con la ley. Toda su vida consistía en observar la ley hasta sus últimas consecuencias. Se llamaba Pablo de Tarso. Estaba decidido a acabar con todas sus fuerzas, incluso llegando al homicidio, con quienes él consideraba enemigos de Dios (Hech 9,1). En el camino de Damasco, fue alcanzado por Cristo resucitado, y allí fue transformado interiormente por el Amor divino que encontró en la persona de Jesucristo. El Papa nos dice en el mensaje a los jóvenes:

Para Pablo, la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (1 Tm 4,10). El «Dios vivo» es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna.

¿Dónde se aprende al esperanza?

En *Spe Salvi*, el Papa puso dos lugares de aprendizaje de la esperanza: el sufrimiento y la oración.

a) la escuela del sufrimiento. En esta encíclica, BXVI citó una carta de los mártires de Vietnam en el año 1857, quienes, en la cárcel, en medio de torturas, escribían lo siguiente:

Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo.

Así la esperanza forma en el hombre un corazón ensanchado, y el hombre es capaz desde su interior de amar incluso al enemigo, de ofrecer la vida, no sólo a causas buenas temporales, sino a aquel que está por encima de todo: Al Dios eterno. En el sufrimiento se puede ensanchar el corazón.

b) la escuela de la oración y en los sacramentos:

Benedicto XVI nos propone esta otra fuente de la esperanza:

La oración perseverante abre el corazón para acogerlo, como explica san Agustín: «Nuestro Dios y Señor [...] pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar». La oración es don del Espíritu que nos hace hombres y mujeres de esperanza, y rezar mantiene el mundo abierto a Dios .

Dad espacio en vuestra vida a la oración. Está bien rezar solos, pero es más hermoso y fructuoso rezar juntos, porque el Señor nos ha asegurado su presencia cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. Mt 18,20). Hay muchas formas para familiarizarse con Él; hay experiencias, grupos y

movimientos, encuentros e itinerarios para aprender a rezar y de esta forma crecer en la experiencia de fe. Participad en la liturgia en vuestras parroquias y alimentaos abundantemente de la Palabra de Dios y de la participación activa en los sacramentos. Como sabéis, culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es la Eucaristía, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. ¡Misterio realmente inefable! Alrededor de la Eucaristía nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con el Bautismo y en la que nos renovamos constantemente por al sacramento de la Reconciliación (mensaje a los jóvenes, 2009).

Conclusión: la esperanza un tesoro a compartir.

La virtud de la esperanza nos abre al futuro; como ya hemos dicho, nos ensancha el corazón. Andar por la vida sin esperanza es vivir sin ilusión, con una tristeza constante, con vacío interior. El joven que no tiene esperanza es posible que caiga en las adicciones, en conductas sexuales irresponsables, en alcohol o droga. El Papa, en su carta, lo expresa con las siguientes palabras:

La crisis de esperanza afecta más fácilmente a las nuevas generaciones que, en contextos socio-culturales faltos de certezas, de valores y puntos de referencia sólidos, tienen que afrontar dificultades que parecen superiores a sus fuerzas. Pienso, queridos jóvenes amigos, en tantos coetáneos vuestros heridos por la vida, condicionados por una inmadurez personal que es frecuentemente consecuencia de un vacío familiar, de opciones educativas permisivas y libertarias, y de experiencias negativas y traumáticas. Para algunos –y desgraciadamente no pocos–, la única salida posible es una huída alienante hacia comportamientos peligrosos y violentos, hacia la dependencia de drogas y alcohol, y hacia tantas otras formas de malestar juvenil.

Por el contrario, quien tiene esperanza, tiene a Cristo en el corazón; por ello es Hijo de Dios y ha experimentado a su Espíritu Santo. El Papa, en esta misma carta, invitaba a los jóvenes a compartir la esperanza con los compañeros y amigos:

Queridos amigos, como Pablo, sed testigos del Resucitado. Dadlo a conocer a quienes, jóvenes o adultos, están en busca de la «gran esperanza» que dé sentido a su existencia. Si Jesús se ha convertido en vuestra esperanza, comunicadlo con vuestro gozo y vuestro compromiso espiritual, apostólico y social. Alcanzados por Cristo, después de haber puesto en Él vuestra fe y de haberle dado vuestra confianza, difundid esta esperanza a vuestro alrededor. Tomad opciones que manifiesten vuestra fe; haced ver que habéis entendido las insidias de la idolatría del dinero, de los bienes materiales, de la carrera y el éxito, y no os dejéis atraer por estas falsas ilusiones.

Terminamos el tema con la Virgen María. El Papa pone la siguiente cita de san Bernardo:

«Cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, fluctuando entre borrascas y tempestades más que andando por tierra, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María... Siguiéndola, no te desviarás; rogándole, no desesperarás; pensando en ella, no

te perderás. Si ella te tiene de la mano no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia» (Homilías en alabanza de la Virgen Madre, 2,17).

Sugerencias para una reunión con jóvenes.

1. Es necesario pensar un poco. ¿Estás de acuerdo con las reflexiones que hace el Papa sobre la necesidad de la esperanza en la vida del joven?
2. ¿Te parece que el testimonio de sta. Josefina Bakhita muestra lo que es la esperanza? ¿Tiene algo que ver con tu vida?
3. ¿Qué sentido te parece que tiene la frase de san Pablo: *hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo*? ¿Es cierto que sólo en él hay esperanza?
4. ¿Has tenido alguna experiencia de sufrimiento que te haya hecho crecer en esperanza?
5. ¿Estás de acuerdo con lo que dice el Papa sobre la crisis de la esperanza en los jóvenes? ¿Conoces algún caso de tu entorno?
6. Un grupo juvenil podría organizar alguna actividad en torno a este tema, como una oración comunitaria vivida en torno a la esperanza, y salir al encuentro de quien que no tenga esperanza.